

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lora, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 530.

MURCIA 24 DE JUNIO DE 1900.

La Juventud Literaria

CEGUEZADA

Con marcial desembarazo
ayer tarde en el paseo
don Juan y don Amadeo
iban asidos del brazo.

Ambos con bigote y pera
de remánticos á guisa,
se paseaban aprisa
con aire de calavera.

Cuando al lado de una anciana
y asida del brazo de ella,
vieron hermosa doncella
que pasó de ellos cercana...

—¡Qué hechicera!... ¡Es una rosa!
(dijo á su amigo, don Juan.)
¿No visteis con cuanto afán
me ha mirado cariñosa?

—¡No en verdad! (le contestó
don Amadeo) porque
á mi solamente fué
á quien la hermosa miró.

—¡Os engañais, que fué á mí!
—¡Repito que no fué á vos!
—¡Que sí digo! y... ¡vive Dios!...
—¡No me habéis tan alto aquí!

—¡Pues vamos donde gustéis!
—¡Vamos donde vos queráis!
—¿Armas?—Las que vos digais
—¿Sitio—El que vos aplacéis!

—Pues marchemos sin tardanza,
—Marchemos sin dilacion
—¡Venganza!... ¡Satisfaccion!
—¡Sí!... ¡Satisfaccion! ¡Venganza!

Y cual dos hambrientas hienas,
partieron en su coraje
á lavar tamaño ultraje
con la sangre de sus venas.

Se atravesaran por celos...
¡Bravo! que en toda ocasion
hay para un duelo razon
en el siglo de los duelos.

Por eso en el campo ayer
disputaban dos espadas
de una mujer las miradas...
—“Y era ciega la mujer!”

E. FLORENTINO SANZ.



¡MUERTA!—Cuadro de F. Blanch.

UNA ESTRATAGEMA

Pedro de Koronan y Margarita Roger contrajeron matrimonio en la capilla de una aldea de Bretaña, donde habian sido bautizados y habian aprendido á amar á Dios.

A los pocos dias de celebrada la boda abandonaron las famosas posesiones de Keronan y se establecieron en Paris, en un precioso entresuelo de una de las calles inmediatas á la Magdalena.

No se esperaban nunca; salian después de almolar á dar un paseo en carruaje y por la noche iban siempre á algún teatro.

Transcurrieron cuatro años, durante los cuales fué Margarita la mujer mas dichosa del mundo.

Una mañana recibió Pedro una carta de uno de sus amigos, convidándole á comer con varios compañeros.

Al leer la carta, Margarita tuvo triste presentimiento, y sintió que se oprimía el corazon.

—¿Irás á esa comida?—Preguntó ansiosa.

—Sí, hija mia. No puedo desairar á Mauricio Didier, mi antiguo discípulo.

—¡Anda con Dios! Pero vuelve pronto.

A la hora oportuna salió Pedro de su casa, á la cual no regresó durante toda la noche.

No hay palabras con que describir las angustias de la pobre esposa, que, inundada de lágrimas, esperó á su marido sin acostarse.

Cuando llegó Pedro, era ya de dia.

Estaba livido y triste y en su traje se conservaba todavia un vago olor de violeta.

Margarita le tendió los brazos, y él retirándose confuso y anonadado, exclamó:

—¡Pordóname, por Dios!

Bajo el dominio de la embriaguez Pedro no sabía qué decir.

—Sí—contestó la esposa—te perdono, ya que te vuelvo á ver. No hablemos mas del asunto.

Al cabo de tres dias, Margarita encontró en la correspondencia una carta cuya letra le llamó la atención.

Rasgó el sobre y leyó lo siguiente:

«Mi adorado Pedro: Te espero esta tarde en el restaurant donde comimos días atras y donde nos juramos amor eterno. Recibe un abrazo de tu

TERESA.,

Margarita dominó el llanto que brotaba de sus ojos y entró en el despacho de su marido.

—Ahi tienes una carta que acabo de abrir—le dijo—Léela.

Pedro trató de disculparse; pero Margarita, herida en lo más íntimo de sus afectos, le impuso silencio, á fin de evitar toda discusion.

Aquella tranquilidad era más terrible que cualquier acalorada reyerta, y Pedro que conocía el caracter de Margarita, comprendió que todo habia acabado entre ellos.

Procura disculparse y atenuar su falta, pero la ultrajada esposa se negó en absoluto á escucharlo.

Margarita se encerró en su cuarto y Pedro cogió el sombrero y salió á la calle. Pero cuando volvió, al cabo de tres horas, encontró la casa vacía.

Margarita, que se habia refugiado en el castillo de su madre, donde habia nacido, solicitó inmediatamente el divorcio.

Transcurrió un año, y el pleito estaba á punto de fallarse de un momento á otro.

Una mañana, en el momento en que Margarita acaba de levantarse, la anunciaron una visita, y acto continuo acudió presurosa á la sala, donde la esperaba una señora.

—¡Genoveva!

—¡Margarita!

Genovova de Morange era una encantadora viuda, cuyo marido habia muerto hacía dos años.

—Vengo de Brest—dijo—con objeto de hablarte.

